

ESCENA QUINTA



YOLANDA, EL CAMINANTE y luego DONCELLAS

EL CAMINANTE

(Aproximándose, sin dejar de mirar, á Yolanda.)

¡Buenas tardes, niña!...

(Con la voz muy dulce. Desgranando las palabras como las perlas de un collar.)

YOLANDA

(Con la voz trémula y los ojos bajos, subyugada y estremecida. Parece que

va á deshacerse, al abrir los labios.)

¡Señor, buenas tardes!

EL CAMINANTE

(Contemplándola, con ternura.)

(¡Doncella tan bella no encontré jamás!)

YOLANDA

(Cerrando los ojos como adormecida.)

(¡Deslumbran sus ojos mis ojos cobardes!)

EL CAMINANTE

(Acercándose, con gran cariño.)

¿Por qué, flor de almendro, tan pálida estás?

(Ella inclina la cabeza, sin atreverse á hablar.)

¿Qué pena en tus labios impuso su sello?

(Yolanda, llamea de rubor y oculta la cabeza entre las manos.)

¿Qué rosal sus rosas deshoja en tu tez?

(Le separa dulcemente las manos y le hace levantar el rostro.)

¡Muestra tu semblante, que será más bello entre los rubores de tu timidez!

YOLANDA

(Tímidamente. Al esfuerzo de su voz tiembla todo su cuerpo.)

Hace cinco años que mi suerte lloro, pobre paralítica, sobre este sillón...

EL CAMINANTE

(Alegremente, animándola.)

Yo seré la alegre campana de oro que anuncie á tu cuerpo la resurrección!

YOLANDA

(Alzando los ojos, con la voz palpitante de esperanza.)

¿Sanaréis mis males?

EL CAMINANTE

(Con misterio, embriagándola con su aliento.)

Para darte la vida
con la Primavera he llegado aquí...
¡Tornarán las rosas... Tus penas olvida,
y clava tus ojos de gacela en mí!

(Arrullándola. Su voz evoca el nocturno del ruiseñor bajo un rayo de Luna.)

Esmeraldas como tu pupila zarca,
no vi en las coronas de ningún monarca,
ni magnolias como tus senos en flor
tiene en sus jardines el emperador.
A tu voz se callan, de envidia, las aves;
caracol marino donde sueña el mar...

¡Azucenas como tus manos suaves
no vieron mis ojos en ningún altar!...
Tus labios, fragante joyel de rubíes...
¡las rosas mas frescas que en mi senda hallé!..

(Ella se extenua en un delirio de amor, con los ojos bajos y la faz pálida, como si fuese á desvanecerse.)

¿Por qué estas tan triste? ¿Por qué no sonríes?

YOLANDA

(Abriendo los ojos ingenuamente.)

Si te causa agrado, señor, sonreiré...

(Hace un esfuerzo, levanta la cabeza y sonríe dulcemente.)

EL CAMINANTE

¡Por otra sonrisa de tus labios diera
mi casco, mi espada, mi viejo laúd!..

¡Todos los jazmines de la Primavera
y todas las rosas de mi juventud!

(Insinuante. Su voz tiem-
bla de deseo.)

¡Abreme, doncella, tu senda florida!...
Sonríeme siempre...

YOLANDA

(Súbitamente, como si se
preguntase á sí misma.)

¿Quién eres, señor?

EL CAMINANTE

(Con toda la vehemencia
de su juventud frenética
de vida.)

¡Soy un caminante que cruza la vida,
mitad peregrino, mitad trovador!
Cuando la alegría del Abril florece
por las verdes sendas, surjo en mi corcel,
y mi canto errante la selva estremece
y deja en los labios dulzuras de miel...

Camino impaciente, porque llevo prisa,
porque tengo á muchos sitios que llegar...
Mis pasos detienen sólo una sonrisa,
y rosas mi mano deshoja al pasar...
Visto seda y oro, mas ciño armadura,
manejo la cítara igual que la espada...
¡Mi boca, doncella, con sus besos cura,
y matan mis ojos con una mirada...
No hay reja ni muro que ante mí no ceda;
á mi voz se abren todos los jardines,
y mis manos tejen la escala de seda
que asalta el misterio de los camarines.
El sueño es mi heraldo, la dicha mi esclava;
y guardo más joyas en mi corazón
que en sus dromedarios la reina de Saba
y en sus camarines el rey Salomón!...
Siempre tras mis pasos florece el recuerdo...
Toda mi fortuna la juego al azar...
Me encojo de hombros, con desdén, si pierdo;
¡si gano, de nuevo la vuelvo á jugar!...
Asciendo á las cumbres y atravieso llanos...
¡Todos los caminos para mí son buenos,

porque sé que en todos espera mis manos
para abrir su cáliz la flor de unos senos!...

(En voz más baja, aproximándose más á Yolanda.)

¿En la silenciosa noche no has oído
lo mismo que un vago suspirar del viento
entre los ramajes del jardín florido,
bajo tus ventanas resonar mi acento?
Cruzar por tus sueños nunca me has mirado
galopando sobre fogoso corcel?
¿Jamás me llamaste?...¿Nunca me has besado?
¿No ciñó mi brazo tu cintura?

YOLANDA

(Temblando bajo el convencimiento del milagro.)
(¡Es él!)

EL CAMINANTE

(Insinuante. Su acento y sus miradas llamean de pasión.)

Una vez... ¿recuerdas?... Al ver en un nido
á dos golondrinas el pico juntar,



se abrió suspirante tu labio encendido,
como si sintieras ansias de besar...
Cerraste los ojos y palideciste...
Tu cuerpo era fuego y tus labios miel...
Que yo te besaba, entonces, creiste
¡y ahora aún te estremece su recuerdo!...

YOLANDA

(Estática de felicidad,
como soñando.)

(¡Es él!)

EL CAMINANTE

Otra vez, ¿recuerdas?... Fué esta tarde cuando
el cántaro al hombro, camino á la fuente
las bellas doncellas pasaban cantando,
doblaste llorosa tu pálida frente,
la suerte envidiando
de aquella zagala que, junto al camino,
agua de su cántaro le ofreció al doncel...
Tú también soñaste con un peregrino
joven y gallardo como yo...

YOLANDA

(Como ebría de felicidad)

(¡Es él!)

EL CAMINANTE

Pues aquí ya tienes á aquel que esperabas,
 á quien sonreías, por quien suspirabas
 al mirar los nidos, al oír los cantares...
 ¡Viene con sus labios á sanar tu mal,
 para que el naranjo dé sus azahares,
 para que de rosas se cubra el rosal!...

(Le toma violentamente
 las manos, oprimiéndolas
 entre las suyas, mientras
 la contempla con vehe-
 mencia.)

Así, con tus manos en mis manos presas,
 dándome tus ojos su ardiente embriaguez...
 ¿Por qué no sonríes? ¿Por qué no me besas?..

(La besa con pasión de-
 lirante.)

Tu beso es la gloria... ¡Bésame otra vez!...

(Ella le tiende los brazos
 y le besa con frenesí.)

Yo haré que se acaben tus negros quebrantos.
 Con mi boca, á besos, secaré tus llantos...
 A tus inquietudes brindaré reposo;
 te daré el aroma de mi juventud...
 Y tu frágil cuerpo, bello y armonioso,
 vibrará en mis manos igual que un laúd!
 ¡Bésame!

(Vuelve á besarle aún
 con más ímpetu.)

YOLANDA

(Expirando de felicidad).

¡Me matas... tu boca es de miel!...

(Son sus mismos besos .. Los mismos... Es él!)

EL CAMINANTE

Deja que en los brazos con que me encadenas,
 te beba hecha besos, mi labios voraz,
 hasta que se queden exhaustas tus venas,
 sin miel tus panales, sin rosas tu faz!...

YOLANDA

Bajo el inflamado soplo de tu aliento,
mi cuerpo y mi alma — ¡toda yo! — me siento
como entre las lenguas de un incendio arder.

(Con delirio. Tendiéndole de nuevo los brazos.)

¡Bello caminante, si vienes sediento,
¡aquí esta mi fuente! .. ¡Sécala al beber!...
¡Sécalá, bien mío,
hasta que me dejes su cauce vacío,
hasta que no tenga ni una gota ya,
que al morir, la fuente te bendecirá!...

(Pequeña pausa. Permanecen un instante a brazos dados. Todas las hiedras del deseo parecen enroscarse á sus cuerpos, fundiéndoles en un mismo vértigo de amor.)

¿Verdad que tus besos sanarán mis males
como el aire tibio cura los rosales?
¿Verdad que algún día me verás risueña

por esas praderas tras de ti correr,
y en la vieja fuente donde el agua sueña
me darás tus labios al atardecer?

¿Verdad que tu mano por esos senderos
como un corderito me conducirá,
mientras suena el canto de los pasajeros
y el sol lentamente muriéndose va?

¿Verdad que en las noches de azul y de plata
canciones no oídas me dirá tu amor,
mientras llora el viento con la serenata
que á las rosas nuevas le da el ruiseñor?

(Suplicante, tomándole las manos como si quisiera convencerse de la realidad de su dicha.)

¡Señor, con tus puras manos de azucenas
deshace estos lazos, rompe las cadenas
que á la tierra dura sujetan mi pie!...
¡Sosténme en tus brazos! .. ¡Quémame en tus llamas!
¡Señor, con tus labios de miel, bésame!...

(Él vuelve á besarla. De pronto ella se vuelve anhelante)

Mas ¿dime quién eres?... Dí, ¿cómo te llamas?

EL CAMINANTE

(Sonriente, con volubilidad de agua que corre, de nube que pasa, de pájaro que salta de rama en rama, de todas las cosas inconscientes, ligeras y bellas de la Naturaleza.)

¡Pregunta mi nombre á los ruiseñores,
á los blancos cisnes, á las margaritas,
á todas las cosas que mueren de amores!...
Lo saben los astros, la luna y las flores
que alumbran y aroman las nocturnas citas.
¿Mi nombre? ¿Mi nombre?... No tengo ninguno
y los tengo todos, porque á todos uno
y fundo en un lazo...
Con todos un mismo sentimiento espeso...
Ciño tu cintura... y me llamo abrazo;
y beso tu boca... y me llamo beso!...

UNA VOZ DE DONCELLA

(Cantando á lo lejos. Su sombra pasa como un relámpago de obscuridad por la estancia.)

Si tienes sed, caminante,
al pie del rosal te espero,
para que beban tus labios
en mi cantarico nuevo!

(El caminante, al oírla, se desprende de los brazos de Yolanda, como atraído por un nuevo encanto irresistible.)

EL CAMINANTE

(Disponiéndose á partir, alegremente, como después de una siesta, á la sombra de un árbol del camino.)

Me marchó... Me esperan...

YOLANDA

(Haciendo un esfuerzo inaudito para detenerle.)

Detente un instante.
 ¡Si aún la sed te dura,
 si aún quema tus labios, bello caminante,
 para que me bebas, yo seré agua pura!

EL CAMINANTE

Me voy como vine: impensadamente...
 Me aguarda otra fuente...
 Después otra y otras... Camino deprisa...
 ¡Ya aspiré tu aroma, rosa del camino!...
 ¡Tu dulce sonrisa,
 fuentecita clara, bebió el peregrino!...
 Mi destino es ese: siempre caminar.
 En la paz fragante de otras nuevas sendas
 volveré á cantar
 mi amor de romero, mi amor de leyendas,
 del que soy el héroe y al par el juglar!...

UNA VOZ DE DONCELLA

(Cantando más lejos.)

¡Caminante, caminante,
 no tardes, porque si tardas,

mi cantarico de oro
 estará lleno de lágrimas!...

EL CAMINANTE

(Besando á Yolanda rápidamente.)

¡Adiós!... Se impacientan... Otro beso...

(Se inclina y vuelve á besarla. Yolanda hace un esfuerzo terrible para levantarse.)

¡Adios!

(Se aleja á recoger su manto.)

YOLANDA

(Crujiendo toda en el esfuerzo de su imploración, con los brazos tendidos hacia El Caminante.)

¡Nadie separarnos puede ya á los dos!...

¡No huyas, caminante!...

Aún me quedan besos...

EL CAMINANTE

(Sin dejar de sonreír.)

Tu labio está frío...

Adios... Tengo prisa...

YOLANDA

(Con desesperación.)

¡Espera un instante!...

(El milagro florece en su cuerpo. Yolanda rompe sus cadenas invisibles y se alza triunfalmente corriendo hacia el caminante.)

¡Milagro! ¡Milagro!...

(Con júbilo infinito, como ébria de la más intensa felicidad.)

¡Al fin, ya eres mío!...

(Le sujeta por el manto.)

EL CAMINANTE

(Rechazándola suavemente y dejando en sus manos el manto de púrpura.)

¡No puedo!... Me esperan... ¡Te dejo mi manto para que en sus sedas enjugues tu llanto!...

(Sale precipitadamente por la puerta.)

YOLANDA

(Llegando en un esfuerzo supremo hasta el umbral.)

¡Detente, por Dios!

(Gritando.)

Escucha... No huyas...

(Se oye el arrancar del caballo.)

Tente ..

(Parece que va a desvanecerse y se apoya en el umbral.)

EL CAMINANTE

(A lo lejos.)

¡Adiós!... ¡Adiós!

(La voz del Caminante y el galopar del caballo se pierden en la distancia. En